

A close-up, profile view of a woman's face, looking slightly to the left. She has short, wavy blonde hair that is blowing in the wind. Her eyes are a striking green color, and she is wearing dark red lipstick. The background is dark and out of focus.

Memorias de una salvaje

Una novela de

@Srtabebi

@srtabebi

Memorias de una salvaje

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Srta. Bebi, 2018

© Editorial Planeta, S. A., 2018

Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona

www.editorial.planeta.es

www.planetadelibros.com

Primera edición: noviembre de 2018

Depósito legal: B. 24.129-2018

ISBN: 978-84-08-19445-3

Preimpresión: J. A. Diseño Editorial, S. L.

Impresión: Black Print

Printed in Spain - Impreso en España

El papel utilizado para la impresión de este libro es cien por cien libre de cloro y está calificado como **papel ecológico**

Su padre quería un niño. No sabía que, a menudo, lo que uno desea para sí no coincide en absoluto con lo que el destino necesita para conseguir algo más importante.

—Ahí está mi hijo —decía borracho y con actitud más entusiasta que de costumbre por el vino.

Palmeaba suave y despacio la barriga abultada de su mujer. Lo hacía, sobre todo, en las comidas que preparaban en la casa de campo que poseían en el interior de la provincia, cada sábado. Como para demostrar la existencia pronta de un primogénito. Un hijo que heredaría el negocio. Al que enseñarle a ser como él.

Casi quince años juntos. Los médicos habían reducido a una probabilidad ínfima que su mujer pudiera quedar embarazada, a tenor de una patología prostática que hacía prácticamente inexistente la fertilidad de él. Es por ello por lo que el embarazo había sido el acontecimiento más importante de la vida conyugal. No había dudas de ningún tipo: su mujer le era ciegamente fiel y ese hijo era suyo, su vástago, probablemente la única progenie que podría llegar a tener. Una oportunidad para delegar su poder y extender su legado. Una milagrosa noticia que aumentaba todavía más la megalomanía de aquel hombre, que vio cumplidos sus deseos como si de un dios se tratara, como si en un desafío a duelo contra la na-

turala él hubiera resultado el ganador, una vez más. Corría el verano del año 1996. Él contaba entonces con treinta y seis años, ella con treinta y cuatro. Habían esperado mucho. Demasiado.

—Este será peor que el padre —advertía bobalicón y desafiante presidiendo una larga mesa de madera de ébano colombiana; un regalo de uno de sus socios que ostentaba, inmóvil y oscura, su poder, al igual que lo hacía él desde su persona. Era en esa mesa donde comían la familia y los invitados —unos de tantos, pues la casa de campo siempre se procuraba llenar en esos eventos— el cordero asado con patatas, antes de emborracharse hasta que los dormitorios quedaban todos ocupados de gente alcoholizada que no podía ni andar.

Jacobo era un hombre poderoso, pero inesperadamente fácil de tratar. Mediano de estatura y de complexión gruesa, con una barriga que sobrepasaba sus caros cinturones de marca casi diez centímetros. Barba hirsuta, aunque corta. La piel morena y curtida. Unos brazos fuertes. Callado y serio, hablaba lo justo. Era lo que solía llamarse un hombre de confianza y buen trato. Su labor consistía, básicamente, en intermediar entre traficantes. Y lo hacía estupendamente, porque la gente se fiaba de él. En un mundo como el del narcotráfico, que la gente se fiara de ti significaba dinero. Mucho dinero.

Desde el puerto de Vigo, donde atracaba la cocaína de los colombianos, hasta la Línea de la Concepción, donde llegaba el costo de los marroquies, si se quería llevar y asegurar la compra de la droga —en su caso, en la costa alicantina— se llamaba a gente como Jacobo. Los hombres como él conseguían los transportadores, los compradores, y organizaban toda la red de distribución del estupefaciente. Algo así como organizadores de eventos en los cuales, en vez de una celebración, el acontecimiento era hacer llegar la sustancia al destino.

Dedicarse a mover el tráfico de drogas no era tarea fácil.

Había muchísimas cosas de las que ocuparse. Contrataba a chicos —la mayoría jóvenes y aspirantes al negocio del menudeo— para el viaje. Movían la droga de las ciudades de recepción a la provincia y vigilaban el camino, aunque este solía estar despejado gracias a las mordidas a la policía. Después, una vez distribuida, la mercancía se almacenaba en *guarderías*. Garajes y naves de «reposo» del género hasta que llegara a su destino final: el traficante y, más tarde, el consumidor. También se negociaba el precio con los camellos que comprarían la droga, intentando conseguir un trato óptimo que atrajera a los más grandes: los que se encontraban por encima de quienes negociaban con Jacobo. No era cuestión baladí. Conllevaba largos viajes —a veces de tres días— y un compromiso real de que cada uno cumpliría su parte, pero a su vez implicaba ciertas ventajas.

La droga no pasaba por sus manos en ningún momento. Las reuniones solían hacerse en los mismos clubs de alterne que tanto beneficio económico proveían al negocio, en restaurantes de carretera o dentro de los coches en aparcamientos públicos.

El narcotráfico era un negocio eminentemente familiar. Se traspasaba generacionalmente de abuelos a nietos y de padres a hijos. Los niños eran familiarizados con los términos, las estrategias, las tretas y el ocultismo que debía seguir a las operaciones y tratos muy pronto. Veían, aprendían y repetían. Como el que tiene un padre que dice «por favor» y «gracias» y se educa en ello, el que tenía padres traficantes aprendía exactamente igual, porque, aunque el ambiente no sea el mismo, un niño es un niño y un padre es un padre. Cosas del negocio, las llamaban. Como que cuando uno llevaba carga encima, un coche sin carga —los llamados «lanzaderas»— debía ir delante para avisar de los controles de la policía en las rotondas, en las entradas y salidas de las ciudades o en autovías para travesías largas dentro de un mismo país. Los teléfonos, siempre a nombre de personas sin hogar o adictas, a

cambio de un pico o de algo de dinero, para que quedaran registrados por otra persona. La mercancía, siempre almacenada en lugares ajenos a la vivienda oficial. Garajes a nombre de amantes, donde también se guardaban coches comprados con dinero negro y lanchas de transporte. Todo ello se aprendía desde que uno sabía mirar y oír. Simplemente.

El oficio se convertía en toda una subcultura. Una manera de vivir al margen de la ley. Mujer oficial como ama de casa, cuidadora y madre, mujeres extraoficiales como objetos de valor de los que presumir. Varios vehículos y propiedades a nombre de testaferros inmobiliarios. Alta gama en todo, desde los coches hasta el alcohol que se sirve en las salidas nocturnas continuas, donde se hacen los mejores tratos. Opulencia al vestir y al comportarse. Altivez. Relojes de oro, cadenas pesadas de precio desorbitado, camisas de seda, tatuajes violentos intercalados con iconografía religiosa. Todo de marca, mucha marca. Las marcas que portaban creaban a su vez otra: la marca del traficante.

Cuando los niños cumplían la edad apropiada, se los llevaba a los prostíbulos, primero a mirar y escuchar a sus padres hablar de trabajo, después, cuando tenían edad para «estrenarse», a perder la virginidad con una prostituta. Allí era donde se cerraban los negocios mientras se invitaba a los socios a copas, y a mujeres, como si fueran el chupito final, el que cierra la transacción y materializa el buen trato.

La prostitución, la violencia explícita, la traición, la soberbia. La dureza en sus formas que casi se exageraba. La necesidad continua de imponer. Grotescos en sus manifestaciones, gastaban el dinero como si se tratara del agua de un grifo que se abre y cuya factura paga otro al que no se conoce. No importaba la proveniencia geográfica en cuestión de criminalidad organizada, tampoco el tipo de trabajo. Todos —fueran de donde fueran y se dedicaran a lo que se dedicaran— participaban de la cultura de los criminales, que se rige y se conforma con sus propias normas y costumbres.

Constituía toda una socialización aparte. Y, como toda mala educación, se transmitía de padres a hijos. De padres a hijos: solo hombres.

Como cualquier negocio, el objetivo oficial y directo era enriquecerse. Pero, posteriormente, lo que los negocios ilegales aportan no es dinero, no son coches, casas, oro, mujeres. La criminalidad organizada conlleva algo casi más importante que todo lo anterior: poder.

Pugna por la cúspide, por tomar el mando, por ostentar el poder. Y está claro quién ostenta el poder en las sociedades.

Es por ello por lo que Jacobo quería un niño. Y es por ello por lo que tener una hija —sobre todo en sus circunstancias, cuando sabía que muy probablemente no podría tener más descendencia— fue, para él, una patente y expresada decepción. Las mujeres no encajan correctamente en el imaginario del éxito social. Mucho menos en el imaginario del éxito ilegal. Son quienes deben soportar el peso de la pirámide que solo los hombres escalan. Aunque ellos se maten —ya sea de forma literal, o no— para ello. Y aunque ellas mueran soportando sus pisadas. Esas pisadas dadas en la competición constante por hacerse con la cima. Esa cima que a las mujeres les es prohibida desde la sutileza de lo cotidiano y desde su propio nacimiento.

La mayoría de las personas dedicadas al tráfico de drogas pecan de agresividad e impulsividad. Jacobo era distinto. Tranquilo, sereno y serio, atento y profesional. Aparentemente fiel a los principios que regían su mundo. Culto, aunque no tuviera estudios. No se dejaba engañar y exponía su autoridad cuando era necesario. Todo ello le valió una situación privilegiada en el universo del narcotráfico. Su mujer, Ana —una niña morena, pequeña y delgada, nieta de andaluces que emigraron a Alicante tras la industrialización del calzado en los años 20—, lo conoció con pocos años. Se dejó cortejar por él entrada la adolescencia y ya no se separó de su lado. Se habían conocido en la calle principal del vecindario, una cuesta larga y empinada de unos doscientos metros que ella y su madre subían todos los días, con la agilidad de quien lo hace una y otra vez, para ir y volver al pueblo, cargadas con bolsas. En aquella cuesta los niños jugaban entonces, a finales de los años 60, a la rayuela y el escondite. Ella entraba en casa de Jacobo todos los domingos, junto a otros niños del barrio, para ver la televisión. Por aquel entonces, quien tenía un televisor tenía amigos los domingos y moscas cojoneras con piernas y brazos durante tres o cuatro días antes de cada partido de fútbol, o cada vez que se retransmitía algún evento de interés, y la familia Fernández, de tradición comerciante, había sido la primera en toda la calle en tener televisión. La gente del vecindario se agol-

paba —los más allegados, o los que más cara tenían, dentro del salón, los menos en la puerta de la casa, que la familia dejaba abierta muchas veces— alrededor de esa curiosa caja de luz, que aquellos días emitía imágenes del mundo en blanco y negro.

Ana tenía unos ojos profundos y grandes, avellanados. Pelo grueso negro y largo. Piel olivácea y limpia. Se remangaba el vestido y se sentaba en el reposabrazos del sofá de casa de sus vecinos cada semana mientras el televisor sonaba, fascinando, aún sin saberlo, al hijo mayor de estos. Allí se conocieron, se cortejaron y se prometieron. Al padre de ella no le gustó que su hija se enamorara de lo que él llamaba un «quinqui». «Nos va a traer la ruina», dijo cuando se enteró de que su hija se veía con él a escondidas. Cuando el padre murió debido a una enfermedad coronaria —ella tenía dieciséis años entonces— y comenzó a entrar dinero de los negocios de Jacobo en casa, todos se mordieron la lengua, lo integraron en la familia y dejaron de llamarle quinqui.

Ana cumplía con los preceptos patriarcales de manera típica. Esa forma sumisa bien aprendida que hacía que casi pareciera naturalmente preparada para ello. Educada en la idea tradicional del matrimonio, se situaba al margen de los negocios de su pareja, centrándose en el mantenimiento del hogar. Sostenían la esperada relación teórico-práctica: ella callaba, servía y cuidaba a su marido; él hacía dinero y mantenía a su mujer como compañera de vida oficial.

No la acompañó a ninguna de las ecografías. Iba sola, con su hermana mayor Gladis o alguna hermana de su madre. Su marido se limitó a comprobar sin preguntar, solo por los silencios de ella, que todo estaba bien, y solo se interesó verdaderamente por una cuestión en concreto del embarazo: la que definía el sexo del bebé. En cuanto ella llegaba y él la miraba, sabía exactamente lo que quería saber.

—Creen que es un niño —le repetía ella tras cada revisión desde la puerta al llegar.

Jacobo tampoco dijo nada tras el parto. No hubo reproches ni peleas. El día que su mujer sostuvo a su bebé entre sus brazos morenos y alcanzó a ver la vagina entre las pequeñas piernas rollizas y blancas de aquel ser diminuto y llorón, no dijo nada. Ni una sola palabra. Hermetismo puro del que se abstrae a sabiendas de los acontecimientos y parece vagar por otro mundo que no es el presente y tangible.

—Enhorabuena, es una niña preciosa —dijo la enfermera sonriente, observando la abundante mata de pelo rubio que descansaba en el hueco de los brazos de su madre—; con lo morenos que ustedes son y mírenla, ¡parece nieve en un campo de girasoles!